

Epílogo / Sindicalismo y «movimiento antiglobalización»: distancias y divergencias

Josep Maria Antentas*

Desde mediados de los años noventa, o tomando por ejemplo como referencia el alzamiento zapatista del 1 de enero de 1994, se ha producido un aumento sistemático de las resistencias al proceso de globalización neoliberal, en las que se han combinado las movilizaciones de ámbito nacional con las protestas internacionales ligadas al movimiento «antiglobalización».^[1]

El ascenso de las luchas contra el neoliberalismo a escala planetaria se ha producido en un contexto marcado por la crisis del movimiento obrero en general y de los sindicatos en particular. La crisis del sindicalismo, término común para referirse a la situación de los sindicatos desde hace ya bastantes años, presenta magnitudes y características variadas en función de las diferentes realidades nacionales, pero es un elemento común al conjunto del sindicalismo internacional. Tener una comprensión global de su situación es algo complejo y, para hacerlo, es necesario un análisis con perspectiva histórica y geográfica suficiente, algo que a menudo suele olvidarse, como afirma Silver (2005).^[2] Pero, en general, puede señalarse que las grandes organizaciones sindicales del mundo tienen importantes dificultades para adaptarse a los retos de la globalización, padecen un claro agotamiento estratégico y de su discurso, y están inmersas en una práctica sindical rutinaria y burocrática.

Junto con dicho agotamiento estratégico y de discurso, la crisis de los sindicatos se manifiesta en varios indicadores como: la caída de la afiliación, un fenómeno generalizado en muchos países, aunque con grados muy diversos (y con algunas excepciones); la reducción de la conflictividad laboral (reducción del número de conflictos, del número de trabajadores implicados, y de su duración...); una crisis de función en el centro de trabajo, debido a los procesos de individualización de las relaciones laborales y a las nuevas técnicas de gestión de la mano de obra, que buscan cortocircuitar y hacer «prescindibles» (Miguélez, 2004) a los sindicatos; la caída de la participación interna de los afiliados en la vida sindical, que expresa no sólo fuertes procesos de burocratización, sino también de debilitamiento y despolitización de su base social real; y la disminución de la fuerza real en los centros de trabajo y de la influencia social de los sindicatos, aunque a menudo esta reducción de la fuerza y la influencia ha pretendido ser enmascarada por los propios sindicatos por la obtención de mayores cuotas de poder institucional, como señala Recio (2004) haciendo referencia al caso español.

En general las organizaciones sindicales mayoritarias de ámbito nacional e internacional encarnan, con todas sus diferencias y matices, un modelo sindical crecientemente institucionalizado, burocratizado, y orientado a la concertación, que supone una adaptación, más o menos crítica o parcial, a las políticas neoliberales y a las demandas empresariales. En los últimos años, el efecto combinado de la intensificación de las políticas neoliberales, la degradación de las condiciones de trabajo y vida, la agudización de la crisis sindical, y la reducción de los márgenes para una política de «concertación», ha provocado episodios importantes de luchas sindicales en varios países, entre ellas varias huelgas generales. Estas grandes movilizaciones, sin embargo, no significan un cambio de fondo en la orientación estratégica de los grandes sindicatos,

que se mantienen en el marco de un modelo de concertación donde la movilización es concebida como un recurso puntual cuando las vías de la negociación institucional se agotan.^[3]

El grueso del sindicalismo analiza el proceso de globalización neoliberal como un fenómeno inevitable cuya lógica es imparable, y busca corregir sus «excesos» e introducir una «dimensión social» en ella. El proceso de globalización supone una transformación del «terreno de juego» de las relaciones laborales que debilita el poder de los sindicatos y refuerza a las grandes multinacionales, quienes pueden articular estrategias de organización y distribución de la producción a escala internacional e influenciar, a través de lobbies pro-empresariales y otros mecanismos, a los gobiernos e instituciones internacionales de forma mucho más efectiva que las organizaciones sindicales. Un elemento central que el proceso de globalización plantea al sindicalismo es la necesidad de articular una acción sindical internacional efectiva, terreno en que tradicionalmente el sindicalismo ha sido débil, debido entre otras cosas a la inoperatividad de las estructuras sindicales internacionales. Éstas son un elemento importante a tener en cuenta al abordar la relación entre sindicalismo y movimiento «antiglobalización», y por esto conviene analizar su actividad.

La mayoría de los grandes sindicatos del planeta pertenece hoy en día a la recién creada Confederación Sindical Internacional (CSI), con unos 168 millones de afiliados, como fusión entre la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), el actor dominante en la escena sindical internacional en las últimas décadas, y la pequeña Confederación Mundial del Trabajo (CMT). Históricamente la CIOSL ha sido una organización altamente burocratizada y tuvo una fuerte orientación anticomunista. Después del fin de la Guerra Fría, y ante las presiones derivadas del proceso de globalización económica, la CIOSL experimentó un cierto proceso de renovación y revitalización, en busca de una mayor capacidad de acción sindical, una racionalización de su funcionamiento, y una mayor visibilidad de sus actividades. No se puede negar que ha dado pasos importantes desde los años noventa pero, globalmente, su proceso de renovación ha sido muy limitado e insuficiente y se ha dado dentro de una lógica burocrática. De hecho, la propia unificación entre CIOSL y CMT, más allá de los elementos positivos que la unidad de diversas organizaciones pueda suponer, se basa en una lógica de unificación de aparatos y estructuras. Las estructuras de la CIOSL, o a partir de ahora de la CSI, siguen siendo poco adecuadas para las necesidades reales del sindicalismo. Éstas además han sido tradicionalmente dominadas por los sindicatos del Norte que controlan su financiación.^[4]

El principal límite de las evoluciones experimentadas por la CIOSL ha sido que éstas no han supuesto una ruptura con el modelo de sindicalismo de concertación y de diálogo social que históricamente ha encarnado. Las estructuras sindicales internacionales han ganado relativamente en capacidad de actuación, en visibilidad, en relevancia, pero su aproximación estratégica al proceso de globalización se basa en la creencia errónea de que es posible avanzar hacia un «compromiso social global» a través de una práctica esencialmente de lobby institucional frente a los gobiernos y a las instituciones internacionales, en un contexto donde el sindicalismo no tiene una capacidad de acción sindical y movilización internacional efectiva. En definitiva, los cambios experimentados por la CIOSL desde los noventa suponen un intento de modernización y revitalización del modelo de sindicalismo que históricamente ha encarnado, pero no un

avance hacia un cambio de modelo sindical más orientado a la movilización y a los movimientos sociales.

A escala europea, la Confederación Europea de Sindicatos (CES), en la cual se agrupan la práctica totalidad de sindicatos mayoritarios del continente sumando más de 60 millones de afiliados/as, presenta problemas estratégicos similares. La CES ha tenido grandes dificultades históricas para desarrollar un sindicalismo europeo independiente de las dinámicas de la construcción europea y articular una acción sindical efectiva a escala continental. Como señala Gobin (1997), la CES ha parecido creer que el reconocimiento y la correlación de fuerzas establecida por el sindicalismo en cada Estado podía trasladarse de forma mecánica a escala europea «por arriba», desarrollando una simple estructura sindical en Bruselas y una práctica sindical de lobby tecnocrática, sin necesidad de luchar por obtener una verdadera capacidad de movilización y acción sindical a escala continental. Ha mostrado históricamente una fuerte dependencia y subordinación, en el terreno ideológico e incluso financiero, respecto a la integración europea y las instituciones comunitarias, en particular desde mediados de los años ochenta con la puesta en práctica del «diálogo social europeo», y la obtención por parte de la CES de un estatus de interlocutor legitimado del poder comunitario.

Esta particular relación del sindicalismo europeo con el proyecto de integración continental se ha traducido en una política de «apoyo crítico» al mismo, basado en la aceptación de sus parámetros básicos y en la demanda de introducir una mayor «dimensión social» en el proceso, para corregir los «excesos» neoliberales. El avance de la integración europea, sin embargo, ha forzado a la CES a realizar en los últimos años esfuerzos significativos para reforzar su capacidad de acción sindical efectiva y para dinamizar más la coordinación del sindicalismo a escala europea. Esto se ha traducido en una mayor actividad de las estructuras sindicales europeas, una mayor visibilidad de su tarea, una revalorización por parte de las confederaciones nacionales, y en tímidos intentos de organizar actividades de movilización continentales, como jornadas de acción impulsadas por algunas Federaciones europeas y algunas «euromanifestaciones» en ocasión de las reuniones del Consejo Europeo. Pero la capacidad de acción a escala continental del sindicalismo europeo sigue siendo todavía débil, tanto en el centro de trabajo y en el desarrollo de una negociación colectiva continental como en la capacidad de movilización general, en un contexto de falta de independencia sindical respecto a la dinámica neoliberal de la integración europea.

Finalmente, junto con las confederaciones internacionales hay que mencionar la actividad de las Federaciones Sindicales Internacionales, rebautizadas como Federaciones de Sindicatos Globales (en inglés, Global Union Federations), que agrupan a federaciones sectoriales nacionales. Las diez Federaciones existentes representan sindicatos con unos 50 millones de afiliados, si bien su importancia relativa es muy dispar.^[5] Su actividad está sobretodo centrada en cuestiones ligadas a la negociación colectiva en las firmas multinacionales y esto hace que estén más cerca de la realidad cotidiana del mundo del trabajo que otras estructuras internacionales. A pesar de ello la actividad de la mayoría de Federaciones, centrada en tareas de información, apoyo y asesoramiento, es bastante rutinaria. Algunas han impulsado campañas interesantes de presión internacional, con el uso de estrategias de boicots, aunque sin dar el paso de coordinar acciones más ambiciosas o huelgas a nivel internacional.

Pero la mayoría realiza un trabajo de solidaridad internacional meramente simbólico o testimonial, como el envío de cartas de protesta o la apertura de comisiones de investigación (Moody, 1997; La Botz, 2001).

En definitiva, el sindicalismo se encuentra a escala internacional en una situación de crisis y estancamiento y con importantes dificultades para hacer frente a los retos de la globalización neoliberal. Este hecho tiene una manifestación particularmente importante en sus dificultades para articular una acción sindical efectiva en el plano internacional y en los límites que presentan las estructuras sindicales internacionales que, a pesar de algunos esfuerzos de renovación, viven inmersas en una práctica sindical rutinaria y burocrática, al igual que la gran mayoría de las organizaciones nacionales que las componen.^[6] Estas dinámicas del sindicalismo tienen lugar en un contexto de ascenso y de multiplicación de las luchas contra la globalización neoliberal, una de cuyas expresiones ha sido la emergencia del movimiento «antiglobalización». Es a partir de este escenario de fondo que analizaré concretamente cuál ha sido la relación entre éste y el grueso del movimiento sindical en el marco de las movilizaciones internacionales.

Sindicalismo y movimiento «antiglobalización»: una visión general

La relación entre sindicalismo y movimiento «antiglobalización» ha sido relativamente poco estudiada de forma sistemática, aunque existen estudios de casos concretos.^[7] En parte esto se debe a las parcelaciones del mundo académico donde a menudo, aunque no siempre, los estudios sobre movimientos sociales y sobre sindicalismo o relaciones laborales han ido por caminos distintos. Muchos analistas de los movimientos sociales han tenido a veces poco interés en analizar el sindicalismo. Al mismo tiempo, muchos de los especialistas de este último se han centrado en estudiar facetas más institucionalizadas de la acción sindical que su relación con los movimientos sociales. Detrás de todo esto subyacen también cuestiones políticas, tales como una cierta falta de interés por parte de algunos sectores del movimiento «antiglobalización» respecto al sindicalismo, o como la fuerte institucionalización de los sindicatos, cuya dimensión de movimiento social se ha ido erosionando.

Con estas constataciones de fondo, analizaré la relación entre movimiento «antiglobalización» y los sindicatos tomando como referencia la actitud que han tenido los segundos respecto las iniciativas del primero. Así, la relación general existente entre ambos es débil, marcada por una distancia del grueso de las organizaciones sindicales mayoritarias respecto al movimiento. Ésta se traduce en una implicación muy selectiva y parcial de los sindicatos en las iniciativas del movimiento «antiglobalización», los cuales aparecen como un actor externo respecto a éste, y a menudo existe una dinámica de colaboración-competencia mútua. Su inserción en los marcos de trabajo del movimiento suele hacerse «desde arriba» y con una lógica propia muy acentuada, y buscando acuerdos con los sectores más moderados e institucionalistas del movimiento.

Obviamente, el tipo de relación concreta existente entre el movimiento y los sindicatos varía en función de los países, los sindicatos, y de las campañas que se tomen por referencia. En algunos casos, la relación entre ambos es nula o casi nula, mientras que en otros esta relación es más fluida e intensa. Pero dichas variaciones suelen moverse dentro de los parámetros generales señalados y, globalmente, la actitud del sindicalismo mayoritario respecto al movimiento «antiglobalización» puede resumirse como distante. La razón fundamental de esta débil relación es la divergencia programática y estratégica

entre ambos: si el movimiento, con todas sus variantes y matices, encarna una oposición orientada a la acción frente la globalización neoliberal, el grueso del sindicalismo internacional mantiene una posición de adaptación crítica, y privilegia las prácticas de lobby y negociación, recurriendo a la movilización sólo en último término.^[8]

También hay que tener en cuenta la importancia de otros factores como las diferencias de cultura organizativa, de intereses prioritarios, de formas de acción colectiva, y de composición en términos de clase y generacional. Estas cuestiones son, sin duda, relevantes pero no constituyen la razón explicativa fundamental de la débil relación del sindicalismo con el movimiento «antiglobalización», y las dificultades que plantean pueden superarse en caso de existir un acuerdo programático y estratégico de fondo sobre cómo actuar frente al proceso de globalización.

Cuando se analiza la relación entre sindicalismo y movimiento «antiglobalización» hay que tener en cuenta, también, que sindicatos minoritarios y corrientes críticas de las grandes confederaciones, defensores de un sindicalismo combativo y movilizador, participan plenamente en las iniciativas «antiglobalización» de forma totalmente integrada. Éstos pueden considerarse como un componente más, de pleno derecho, del movimiento «antiglobalización», junto con la gran variedad de organizaciones y colectivos que participan en él. Dentro del movimiento «antiglobalización», por tanto, existen fuerzas sindicales con un papel muy relevante, aunque éstas representen sólo a un segmento muy reducido del conjunto del sindicalismo internacional. Este hecho demuestra que lo que impide una mayor relación entre el sindicalismo mayoritario y el movimiento son fundamentalmente las diferencias estratégicas y programáticas entre ambos, y no otras cuestiones. Aquellos sindicatos o corrientes sindicales que comparten el grueso de la orientación del movimiento, han participado en él sin ningún problema cualitativamente diferente al que cualquier otro componente del movimiento pueda experimentar.

Finalmente, dentro del movimiento «antiglobalización» la relación a mantener con el sindicalismo mayoritario ha generado controversias importantes, en el marco de las cuales a menudo se han planteado posiciones opuestas que me parecen erróneas: ignorar al sindicalismo mayoritario y tener una actitud sectaria frente al mismo, despreciando así la importancia de buscar alianzas con la clase trabajadora organizada y con los sectores sociales que éste representa o, al contrario, supeditar la dinámica del movimiento a las necesidades de buscar acuerdos con el sindicalismo mayoritario en nombre de una unidad de acción paralizante y vacía de contenido. En términos generales, sin embargo, creo que ha prevalecido una posición más o menos equilibrada tendente a buscar acuerdos concretos con el sindicalismo mayoritario en torno a iniciativas de movilización contra las políticas neoliberales.

Los sindicatos en el marco de las campañas e iniciativas del movimiento «antiglobalización»

Una vez caracterizada la relación entre sindicatos y movimiento «antiglobalización» en términos generales analizaré cómo ésta se ha concretado, en perspectiva histórica, en las principales movilizaciones internacionales impulsadas por el movimiento. Me referiré a las campañas contra el G-8, el BM y FMI, el AMI, la OMC, el TLC y el ALCA, y la UE. El análisis, por razones de espacio, será forzosamente sintético en cada una de ellas, y no podré abordar campos como, por ejemplo, campañas contra las

multinacionales, campañas concretas como la abolición de la deuda, o iniciativas como el Foro Social Mundial que requerirían un tratamiento específico.

La campaña contra el AMI

La campaña contra el Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI), un tratado sobre inversiones internacionales negociado en secreto en el marco de la OCDE, empezó cuando en 1996 algunas asociaciones ligadas al movimiento «antiglobalización» tuvieron constancia de la existencia de dichas negociaciones. A finales de 1997 un borrador del acuerdo fue obtenido por activistas norteamericanos y canadienses, quienes lo difundieron ampliamente como punto de partida de una campaña internacional de denuncia, cuyos epicentros fueron sobre todo Estados Unidos, Francia y Canadá. Fue una campaña de sensibilización de la opinión pública con muy poca capacidad de movilización, pero que consiguió una victoria clave al poder paralizar el proyecto, consiguiendo que el gobierno francés se retirara de las negociaciones a finales de 1998.

La lucha contra el AMI significó un momento de divergencia importante entre el naciente movimiento «antiglobalización» y el sindicalismo internacional al conocerse, una vez el borrador del acuerdo ya estaba filtrado, que el segundo había participado en las negociaciones desde 1995 a través de la Comisión Sindical Consultiva (CSC) de la OCDE, el organismo a través del cual los sindicatos participan en los debates dentro de la OCDE. El sindicalismo internacional siguió una estrategia de lobby institucional que intentaba introducir una «dimensión social» en el proyecto, y que no se sustentaba en ninguna movilización social ni en ninguna voluntad de sensibilización de la opinión pública. Justo al contrario de la estrategia del movimiento «antiglobalización»: difundir a la luz pública el borrador del acuerdo e intentar movilizar o sensibilizar a la opinión pública para poder presionar a los gobiernos implicados en la negociación para su cancelación.

En la mayor parte de países de la OCDE los sindicatos tuvieron una actitud de pasividad frente al proyecto, si bien en los que la campaña fue más importante como en Estados Unidos y Canadá, los sindicatos, que ya tenían la experiencia negativa del Tratado de Libre Comercio (TLC) entre estos dos países y México, mostraron una mayor preocupación por el proyecto del AMI. En el caso de Francia, sectores sindicales minoritarios, como los sindicatos *Solidaires*, *Unitaires*, *Démocratiques* (SUD), el sindicato de enseñantes *Fédération Syndicale Unitaire* (FSU), y algunas federaciones secundarias de la principal confederación del país, la *Confédération Générale du Travail* (CGT), como la de finanzas, participaron activamente en la campaña.

Las movilizaciones frente a la OMC

La denuncia de la OMC desde su constitución en 1995 ha sido un elemento central de la agenda de los movimientos «antiglobalización», cuyas primeras movilizaciones significativas tuvieron lugar en 1998 durante el II Encuentro Ministerial de Ginebra, donde el papel del sindicalismo mayoritario fue muy secundario.

La lucha contra la OMC tuvo uno de sus momentos culminantes en ocasión del III Encuentro Ministerial en Seattle. En los meses previos se impulsó un manifiesto internacional, coordinado sobre todo por la oficina inglesa de *Friends of the Earth*, firmado por casi 1.500 organizaciones de 89 países, llamando a la moratoria de las

negociaciones en el seno de la OMC, una fórmula que permitía un equilibrio entre los sectores partidarios de la reforma y los sectores partidarios de la abolición de dicha institución. El grueso del sindicalismo no participó de esta dinámica y realizó sus propias iniciativas al margen, en su mayoría de tipo interno. Si el movimiento llegaba a Seattle con la demanda de una moratoria en las negociaciones, la CIOSL lo hacía con la demanda de introducir una «cláusula social» en los acuerdos.

En la «batalla de Seattle», cuya jornada clave fue el 30 de noviembre día de la apertura oficial de la cumbre, coexistieron varias movilizaciones e iniciativas, poco conexas entre sí: la contra-cumbre y las actividades organizadas por los grupos que habían acudido a Seattle con el objetivo de frenar las negociaciones; las acciones impulsadas por la *Direct Action Network (DAN)*, que pudieron bloquear el acceso de los delegados a la ceremonia de inauguración; y la manifestación de más de 35.000 personas convocada por la AFL-CIO. La presencia de ésta en Seattle simbolizaba el tímido proceso de renovación impulsado por la nueva dirección elegida en 1995, y fue uno de los hechos más sobresalientes de las protestas, si bien conviene remarcar que sus demandas programáticas permanecían muy alejadas de las del grueso del movimiento «antiglobalización», y seguían el planteamiento sindical tradicional de defensa de una «dimensión social» para del proceso de liberalización, en el marco de un apoyo genérico a la agenda del gobierno Clinton para el Encuentro. A pesar de todo, su sola presencia en Seattle significó un avance, aunque limitado y sin continuidad posterior clara. La frase «*Turtles and Teamsters United at last*» (en referencia a los ecologistas y al sindicato de transportistas) se convirtió en uno de los eslóganes de las jornadas. Finalmente, para entender el papel del sindicalismo norteamericano en Seattle, conviene señalar el rol central que jugaron las agrupaciones sindicales del norte de la Costa Oeste, tradicionalmente con un peso importante de las corrientes más a la izquierda, sin las cuales la movilización sindical hubiera sido mucho menor.

Si en el Encuentro Ministerial de Qatar (2001) no fue posible articular una verdadera campaña, en el caso de Cancún (2003) de nuevo las actividades fueron importantes. El movimiento «antiglobalización» enfrentó el Encuentro de Cancún con el objetivo de «hacer descarrilar» las negociaciones. Allí las protestas estuvieron impulsadas por la *La Vía Campesina* que organizó un campamento y una marcha indígena y campesina, y por los grupos ligados a la *Red Mexicana de Acción Contra el Libre Comercio (RMALC)*, cuya principal actividad fue organizar la manifestación final, así como una pequeña contra-cumbre.

La CIOSL, la *Confederación de Trabajadores de México (CTM)* y la AFL-CIO no participaron en las movilizaciones de Cancún. La CIOSL se limitó a organizar una «Conferencia de Sindicatos Globales», bastante desconectada del resto de eventos. El sindicalismo independiente mexicano sí estuvo presente, con la organización de un Foro Sindical Internacional, con unos 300 participantes, y una presencia importante en la manifestación final, en particular del *Sindicato Mexicano de Electricistas (SME)*. Conviene señalar que en las protestas en Cancún destacó la presencia de una fuerte delegación surcoreana, articulada en la *Acción Popular Contra la OMC*, con un peso importante de organizaciones campesinas y de sindicalistas de la *Korean Council of Trade Unions (KCTU)*, el principal sindicato del país y de tradición combativa (a pesar de estar atavesada por fuertes presiones institucionalizadoras).

Las actividades en torno al VI Encuentro Ministerial de Hong Kong en diciembre de 2005 no marcaron ninguna diferencia sustancial respecto a la relación entre sindicatos y movimiento «antiglobalización». En el plano internacional, ambos siguieron actuando con lógicas distintas frente a la OMC, si bien en las movilizaciones en la ciudad el sindicalismo tuvo una presencia remarcable de nuevo a través de la KCTU surcoreana.

Las movilizaciones contra el G-7/G-8

Las movilizaciones en ocasión de las cumbres del G-7 (y después G-8) han sido variadas. Todas han sido, sin embargo, impulsadas por amplias coaliciones unitarias, cuyos ejes de denuncia de las políticas del G-7/G-8 han sido diversos, sobresaliendo en general las cuestiones ligadas a las desigualdades Norte-Sur y a la deuda externa. La participación de los sindicatos mayoritarios en estas movilizaciones ha sido globalmente débil, salvo excepciones.

Durante los años ochenta, a partir de 1984 en ocasión de la cumbre de Londres, se realizaron contra-cumbres paralelas a las reuniones del G-8 bajo el nombre *The Other Economic Summit (TOES)*, impulsadas sobre todo por grupos ecologistas, pacifistas y de solidaridad internacional. En los noventa, las movilizaciones durante las reuniones del G-8 cobraron fuerza a partir de la cumbre de Lyon en 1996, donde se realizó de nuevo una cumbre alternativa y varias movilizaciones. La CGT francesa organizó también una movilización sindical significativa, pero desconectada del resto de actividades. En todas las cumbres posteriores en Houston (1997), Birmingham (1998), Colonia (1999), Okinawa (2000), Génova (2001), Kananaskis (2002), Evian (2003), SeaIsland (2004), GleanEagles (2005) y San Petersburgo (2006) se han producido movilizaciones «antiglobalización», de una magnitud variable y desigual. En ninguna de ellas el sindicalismo mayoritario ha jugado un papel significativo. Su presencia en los marcos unitarios que han impulsado las distintas actividades alternativas ha oscilado entre la meramente formal o la simple ausencia.

Las organizaciones sindicales internacionales y las confederaciones nacionales han organizado, en general, encuentros sindicales internacionales paralelos durante las cumbres del G-7/G-8, aisladas respecto a las actividades del movimiento «antiglobalización», y con un discurso centrado en el lobby institucional y la búsqueda de una interlocución con los representantes del G-7/G-8 en favor de un «giro social» en sus políticas. En algunos casos, los sindicatos se han asociado a algunas actividades impulsadas por ONG moderadas, como Oxfam-Internacional, por ejemplo en el caso de la campaña, muy institucional y moderada, *Make Poverty History* en la cumbre de GleanEagles, que contó con el apoyo de la *Trade Union Congress (TUC)* británica.^[9]

Posiblemente el caso más significativo de la ausencia de los grandes sindicatos de las actividades del movimiento «antiglobalización» sea el conocido caso de Génova, donde los sindicatos mayoritarios italianos estuvieron ausentes de las movilizaciones impulsadas por el *Genova Social Forum*. Sergio Cofferatti, entonces secretario general de la *Confederazione Generale Italiana del Lavoro (CGIL)*, justificó la ausencia sindical señalando que el movimiento «antiglobalización» no proponía nada en positivo que pudiera ser negociado por los sindicatos con los responsables políticos. Sin embargo, dentro del *Genova Social Forum*, jugaron un papel muy importante algunos sindicatos de base, como las *Cobas* y *SinCobas*, así como la federación del metal de la CGIL, la FIOM, que ha actuado en estos últimos años como «ala izquierda» de la confederación,

siguiendo una agenda propia más integrada en el movimiento. Hay que señalar, al mismo tiempo, que en el período posterior a Génova la CGIL entraría parcialmente en la dinámica del movimiento «antiglobalización» con la preparación del Foro Social Europeo de Florencia en noviembre de 2002, después de haber irrumpido en la vida política italiana en primavera de ese año con la organización de fuertes movilizaciones contra Berlusconi.

Las campañas contra el BM y el FMI

En las iniciativas frente al BM y el FMI la participación sindical ha sido también tradicionalmente secundaria. Las primeras iniciativas se remontan a los años ochenta, entre las cuales destaca la campaña contra la deforestación del Amazonas causada por proyectos financiados por el BM. Desde 1986 empezaron ya a realizarse pequeñas contracumbres durante sus encuentros, protagonizadas por organizaciones indígenas, ecologistas y de derechos humanos. Estas primeras iniciativas culminaron en la campaña internacional iniciada en los EE UU, *Fifty Years is Enough* realizada en 1994 en el marco del cincuenta aniversario del BM y el FMI, que finalizó con el *Foro Alternativo las Otras Voces del Planeta* en Madrid durante la Asamblea anual del BM y el FMI. En todas estas iniciativas, los sindicatos tuvieron un rol marginal.

A partir de Seattle, han tenido lugar movilizaciones «antiglobalización» durante las asambleas anuales del BM y el FMI, aunque con una relevancia muy variable. Las dos más significativas fueron en abril de 2000 en Washington y en septiembre del mismo año en Praga. En Washington la coalición *Mobilization for Global Justice* organizó una importante manifestación el 16 de abril, en la cual el sindicalismo norteamericano tuvo un papel secundario: la AFL-CIO no la apoyó, enviando una delegación simbólica, aunque sí participaron algunos de sus sindicatos miembros como los *Steelworkers*, o el sindicato de telecomunicaciones *Communication Workers of America (CWA)*, así como organizaciones como *Jobs with Justice*, dedicadas a realizar tareas de enlace entre el mundo del trabajo y las luchas barriales y comunitarias. En cambio, cuatro días antes de la protesta, la AFL-CIO sí participó activamente en una marcha organizada juntamente con la asociación *Public Citizen* contra el ingreso de China en la OMC, con un marcado discurso proteccionista. En Praga el sindicalismo mayoritario también estuvo ausente de las movilizaciones protagonizadas el 26 de septiembre por la coalición checa *Inpeg*. En posterioridad a estas dos citas, el eco de las movilizaciones durante las asambleas anuales del BM y el FMI ha sido menor en términos de su impacto general, si bien las organizaciones especializadas en el seguimiento de las actividades de ambas instituciones han seguido desarrollando una labor de crítica y movilización importante, mientras que el sindicalismo ha proseguido sus tareas específicas de lobby institucional.

Las campañas contra el Tratado de Libre Comercio (TLC) y el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA)

Las negociaciones para poner en marcha el TLC entre Estados Unidos, México y Canadá desencadenaron un importante proceso de movilización y de novedosa colaboración entre organizaciones de los tres países. En Canadá la oposición al TLC se articuló en torno a la red contra el libre comercio *Action Canadá Network (ACN)* formada por grupos de agricultores, de mujeres, indígenas, estudiantes, ecologistas, iglesias, y también sindicatos, algunos de ellos con una presencia más bien nominal y otros más real. En México se constituyó en 1991 la *Red Mexicana de Acción contra el*

Libre Comercio (RMALC), formada por unas cuarenta organizaciones, ecologistas, de derechos humanos, mujeres, agricultores y sindicatos independientes como el *Frente*

Auténtico del Trabajo (FAT) o el SME, pero con la ausencia de la oficialista y burocrática CTM. En Estados Unidos, el núcleo de la oposición al TLC se articuló en torno a la *Ci-tizens Trade Campaign*, formada por organizaciones de agricultores, grupos ecologistas como *Sierra Club* o *Friends of the Earth*, asociaciones como *Public Citizen*, y algunos sectores minoritarios pero significativos del sindicalismo. La dirección de la AFL-CIO, a pesar de rechazar formalmente el proyecto de TLC con el ambiguo eslogan de «*Not This NAFTA*» («*No a este TLC*»), tuvo una actitud dubitativa y pasiva, sin organizar ninguna actividad de movilización, más allá de la presión institucional rutinaria.

Después de la ratificación y entrada en vigor del TLC el siguiente reto de los movimientos sociales fue hacer frente a la voluntad del gobierno norteamericano de extender el TLC por todo el continente, a través del ALCA. Una primera batalla clave se desarrolló en los Estados Unidos en 1997 con la pretensión de Clinton de obtener el llamado *fast-track* por parte del Congreso, un procedimiento que da manos libres al presidente para negociar asuntos de política exterior sin la fiscalización permanente del Congreso. La campaña contra el *fast-track* volvió a movilizar a las fuerzas contrarias al TLC, pero esta vez contaron también con la presencia real de la AFL-CIO y de algunos de sus sindicatos miembros, que realizó una intensa labor participando por primera vez en una experiencia unitaria de este tipo. La campaña consiguió que Clinton se convirtiera en el primer Presidente que no pudo obtener el *fast-track* del Congreso.

En el conjunto de América, el proyecto del ALCA empujó a la coordinación de los movimientos sociales del continente, dando lugar al nacimiento en 1998 de la Alianza Social Continental (ASC), una coalición de diversas organizaciones campesinas, ecologistas, indígenas y sindicales que ha actuado, desde entonces, como un paraguas supraestructural de coordinación de las iniciativas contra el ALCA, reforzadas después en el marco de las actividades del Foro Social Mundial y del Foro Social de las Américas. La campaña contra el ALCA ha contado con la presencia formal del grueso de las organizaciones sindicales del continente, así como de la *Organización Regional Interamericana del Trabajo* (ORIT), la rama latinoamericana de la CIOSL, y algunos sindicatos como la *Central Unica dos Trabalhadores* (CUT) brasileña han jugado un papel significativo. En las movilizaciones organizadas durante las cumbres de los gobiernos continentales en Québec (2001), Miami (2003) y Mar de Plata (2005), los sindicatos canadienses y quebequenses, norteamericanos y argentinos, respectivamente, tuvieron un rol importante.

En términos generales, en la campaña contra el ALCA se observa una mayor participación sindical que en otras iniciativas. La razón de este hecho se encuentra en la coincidencia programática entre el grueso del sindicalismo americano y el movimiento «antiglobalización» en rechazar el ALCA. Esto no significa que no existan tensiones y problemas entre ambos y, como es habitual, los grandes sindicatos han encarnado la vertiente más institucionalizada y menos militante de la oposición al proyecto.

Las campañas frente a la integración europea

Las primeras movilizaciones europeas significativas frente al proceso de integración económica se remontan a la formación de las *Euromarchas contra el Paro y la Precariedad*, impulsadas sobre todo por organizaciones de parados y por corrientes sindicales combativas, las cuales organizaron una marcha europea que culminó en junio de 1997 en Amsterdam, en ocasión del Consejo Europeo. La protesta de las euromarchas, cuya segunda gran movilización europea sería en junio de 1999 en Colonia, se basaba en una crítica frontal y explícita a la lógica neoliberal de la UE. Una especificidad de las movilizaciones frente a la construcción europea en este período todavía de nacimiento del movimiento «antiglobalización» es el peso que en ellas tuvieron las corrientes sindicales combativas, en comparación con otros sectores como organizaciones de solidaridad internacional, ecologistas, y de derechos humanos, más centradas en instituciones como el BM, el FMI, la OMC o el G8. Esto muestra la centralidad que lo «social» ha tenido en la crítica a la lógica neoliberal de la UE.

La CES estuvo ausente de la cita de Ámsterdam pero el impacto de estas protestas la empujó a movilizarse a finales del mismo año en ocasión de la Cumbre de Luxemburgo centrada en la política de empleo, con su discurso habitual en favor de la «Europa social». Dicha iniciativa no tuvo continuidad y hubo que esperar al período posterior a Seattle para que la CES empezara de nuevo a organizar «euromanifestaciones» durante las cumbres europeas. Desde el año 2000 en adelante, la CES ha organizado significativas manifestaciones en ocasión de los Consejos Europeos. Sin embargo, su lógica ha sido distinta de las manifestaciones «antiglobalización». Las convocatorias sindicales han tenido lugar de forma separada de las protestas «antiglobalización», a menudo un día o dos antes del inicio de las cumbres oficiales, y siempre con un discurso de «apoyo crítico» a las políticas de la UE y de defensa de un «giro social».

Las discrepancias estratégicas entre el sindicalismo mayoritario y el movimiento «antiglobalización» quedaron explicitadas en el debate entorno a la Constitución Europea. Si el primero optó por un «sí crítico», el segundo manifestó su rechazo al proyecto. Las iniciativas del movimiento frente a la Constitución se organizaron a través de la Asamblea de Movimientos Sociales del Foro Social Europeo de París (2003) y Londres (2004) donde se aprobaron llamamientos a la movilización. A pesar de las diferencias estratégicas, el movimiento optó por buscar algún tipo de confluencia con la CES y con aquellos sindicatos más a la izquierda, la cual se plasmó en la manifestación de Bruselas el 19 de marzo de 2005 durante el Consejo Europeo, en la que coexistieron un bloque «antiglobalización» contrario a la Constitución, y el bloque de la CES, dominado por el «sí crítico», si bien destacó con fuerza el cortejo de la CGT francesa partidaria del No. Ésta participaría, finalmente, en la campaña unitaria por el NO en Francia en 2005 (sobre todo a raíz de la presión interna ejercida por cuadros sindicales medios sobre la dirección sindical) después de haber participado tímidamente en la organización del Foro Social Europeo de París en 2003.

En resumen, el análisis de las distintas campañas e iniciativas señaladas muestra la existencia de una débil relación entre el grueso del sindicalismo internacional y el movimiento «antiglobalización», y de una distancia importante del primero respecto al segundo, debido fundamentalmente a las divergencias estratégicas, si bien el tipo de relación concreta establecida es variable en función de los casos.

Esta visión retrospectiva de la relación entre sindicatos y movimiento «antiglobalización» nos permite poder analizar mejor cuáles son los retos que ambos tienen en el momento presente.

Perspectivas y retos futuros

El auge del movimiento «antiglobalización», con las grandes movilizaciones internacionales y el proceso de los Foros Sociales, proporcionó un primer impulso en la convergencia y dinamización de las luchas contra la globalización neoliberal. En el período posterior a Seattle el movimiento experimentó un proceso de irrupción pública y de un fuerte crecimiento, justo hasta las movilizaciones contra el G-8 en Génova en julio de 2001 y los atentados del 11 de septiembre en Nueva York. Después de algunos titubeos iniciales, la fase posterior se caracterizó por la centralidad adquirida por la lucha contra la «guerra global permanente», cuyo cenit fueron las movilizaciones del año 2003 contra la invasión de Iraq. En los últimos años, sin embargo, parece que se ha entrado en una nueva fase marcada por una pérdida de centralidad de las movilizaciones internacionales ligadas al movimiento «antiglobalización» que fueron su eje vertebrador, en un contexto de auge y multiplicación de las luchas concretas frente al neoliberalismo y de mayor dispersión sectorial y de «nacionalización» de éstas. La situación actual viene marcada, simultáneamente, por un aumento de las resistencias y una profundización de las políticas neoliberales, en una situación donde las primeras no tienen todavía fuerza para frenar a las segundas, las cuales, sin embargo, tienen cada vez menos legitimidad. En este contexto de fondo, el movimiento debe afrontar crecientes dilemas estratégicos y tensiones internas, que provocan el fin de su dinámica inicial de «expansión por consenso» (Bensaïd, 2005), así como buscar elementos de autorreforma para obtener un segundo impulso.

Este segundo aliento requiere, por un lado, reforzar los procesos de autoorganización «desde abajo», recomponer el tejido asociativo, multiplicar las luchas y arraigarlas en realidades sociales específicas y, por el otro lado, seguir buscando puntos de confluencia entre las distintas luchas y una mayor articulación entre ellas, a escala nacional e internacional, a través de puntos de encuentro simbólicos, como los Foros Sociales, y de campañas y redes específicas. Este doble movimiento, de arraigar y multiplicar las luchas concretas, y de coordinarlas mejor, aparece como un ejercicio complejo pero necesario.

Para avanzar en esta dirección, el sindicalismo debe jugar un papel importante. El auge de las luchas frente a la globalización proporciona un contexto de fondo que puede permitir a los sindicatos salir de su dinámica de retroceso y aislamiento siempre y cuando éstos se orienten hacia los movimientos sociales, el movimiento «antiglobalización» y las luchas emergentes. Al mismo tiempo, los sindicatos pueden contribuir al refuerzo y al arraigo de éstas dentro del mundo del trabajo. En este contexto es necesario desarrollar un nuevo tipo de sindicalismo en la línea de lo que autores anglosajones, como Moody (1997) entre otros, han llamado *social movement unionism*, traducible como «sindicalismo movimentista», y al que podemos añadirle el adjetivo «altermundialista». Es decir, un sindicalismo orientado hacia la movilización, democrático y participativo, con una concepción amplia de la clase trabajadora y de la actividad sindical, que incluya actuar en el centro de trabajo y en el territorio, y que busque alianzas con los movimientos sociales y las iniciativas «antiglobalización», en el marco de una perspectiva internacionalista y de la voluntad de articular una acción

sindical internacional efectiva basada en la movilización.^[10] En este último terreno, la relación entre sindicalismo y movimiento «antiglobalización» es particularmente importante, ya que las iniciativas del segundo, como las campañas internacionales o los Foros Sociales, pueden proporcionar espacios de encuentro por abajo entre sindicalistas al margen de los canales sindicales interracionales formales, y entre sindicalistas y otros activistas, que permitan articular luchas sociolaborales internacionales.

En los últimos años han emergido valiosas experiencias, de muy diversa naturaleza, que muestran posibles caminos para reconstruir procesos de autoorganización de los sectores oprimidos y explotados, avanzar hacia un nuevo tipo de sindicalismo, y favorecer las convergencias sociales. Entre ellas se pueden señalar: las luchas de precarios/as en sectores como la restauración o los *call centers*, de desempleados/as, de trabajadores/as inmigrantes, la formación de nuevos sindicatos combativos en algunos países, las campañas en defensa de un salario digno en países como los Estados Unidos, la emergencia de organizaciones centradas en el territorio y el barrio de apoyo a los/as trabajadores/as, las luchas en las periferias de las grandes urbes del planeta en defensa de los servicios públicos o por la supervivencia cotidiana, y algunas movilizaciones sindicales internacionales, tales como las de los portuarios a escala de la UE en 2003 y 2005 frente a los intentos de liberalizar el sector o en varias empresas multinacionales.^[11] En muchas de estas experiencias interseccionan territorio y centro de trabajo, sindicatos y organizaciones barriales, y se combina la lucha contra la degradación de las condiciones de trabajo y de vida y la crítica más general a la globalización capitalista. Aunque todavía incipientes, estas experiencias emergentes muestran vías para revertir los procesos de fragmentación y desestructuración social existentes y nos enseñan cómo pueden ser las grandes luchas del futuro.

* **Profesor de Sociología de la UAB. Miembro de la redacción de *Viento Sur*.**

[1] Utilizo el término «antiglobalización», con unas comillas («») para indicar los muchos límites que tiene el concepto. Para un estudio más detallado del movimiento «antiglobalización» se puede consultar, entre la inmensa bibliografía disponible a: Antentas (2002), Pastor (2002), Romero (2003) y Fernández Buey (2005).

[2] Para diversas visiones sobre el la situación del sindicalismo hoy en día desde una perspectiva internacional pueden consultarse, por ejemplo, los trabajos incluidos en el dossier «Mundos del trabajo: resistencias y cambios» de la revista *Viento Sur* n° 86.

[3] Para un análisis más detallado de la situación de los sindicatos en perspectiva internacional véase: Antentas (2006).

[4] Y dentro de éstos, son un pequeño núcleo de organizaciones, de poca tradición militante, las que han marcado en la pauta en los últimos años, como la AFL-CIO norteamericana, la DGB alemana, la japonesa RENGO, y en menor medida la TUC británica o la sueca LO.

[5] Las diez Federaciones son: Educational International (EI), International Federation of Building and Wood Workers (IFBWW), International federation of chemical, energy, mine and general workers union, (ICEM), International federation of journalists (IFJ), International metalworkers Federation (IMF metal), International textile, garment, leather workers federation (ITGLWF), In-ternational transport workers federation (ITF), International union of food, agricultural, hotel, restaurant, catering, tobacco and allied workers' association (IUF), Public Services International (PSI) y Union network international (UNI).

[6] Existe un número creciente de experiencias de luchas sindicales internacionales, a menudo coordinadas fuera de las estructuras sindicales formales, que muestran posibilidades interesantes de desarrollo de una acción sindical internacional efectiva que vaya más allá del lobby institucional.

[7] Bérout y Ubbiali (2005), por ejemplo, ofrecen un buen trabajo acerca de la relación de la CGT francesa y el movimiento «antiglobalización», y existen numerosos estudios de movilizaciones concretas, empezando por la de Seattle, donde se analiza el papel del sindicalismo en ellas.

[8] A veces, la estrategia de los sindicatos frente al proceso de globalización ha sido calificada como una «estrategia de la inclusión», que busca incluir cláusulas sociales en los acuerdos de liberalización, mientras que el movimiento aboga por una «estrategia de la exclusión», que intenta vaciar al máximo el contenido de los acuerdos de liberalización y frenarlos.

[9] Para una crítica de esta campaña véase Vivas (2005).

[10] He desarrollado el concepto de «sindicalismo movimientista y altermundialista», que guarda por cierto similitudes con el concepto de «sindicalismo sociopolítico» más propio de los debates sobre sindicalismo en el Estado español, en Antentas (2006).

[11] He analizado con más detalle la emergencia de «nuevas» experiencias de luchas laborales desde una perspectiva internacional en Antentas (2006). Bérout (2006) y Luce y Brenner (2006) aportan interesantes análisis de los casos francés y norteamericano

Bibliografía

Antentas, J. (2002), «Las resistencias a la globalización. De Chiapas a Porto Alegre» en *Mientras Tanto* nº 84: 67-86. — (2006), «Sindicatos y resistencias globales» en *Viento Sur* nº 86: 28-36.

Bérout, S. (2006), «Francia: la frágil emergencia de una nueva forma del proletariado» en *Viento Sur* nº 86: 58-66.

— Ubbiali, G. (2005), «La CGT, entre soutien distancé et refondation de l'activité internationale» en Agrikoliansky, E. et al. (coord.), *L'altermondialisme en France*, Flammarion, París, 291-316.

Bensaïd, D. (2005), «La expansión del movimiento social por consenso se está agotando» (entrevista) en *La Vanguardia* 5/1/2005.

Fernández Buey, F. (2005), *Guía para una globalización alternativa*, Ediciones B., Barcelona.

Gobin, C. (1997), *L'Europe Syndicale*, Éditions Labor, Bruselas.

La Botz, D. (2001), *Made in Indonesia*, South End, Boston.

Luce, S. y Brenner, M. (2006), «Coaliciones sindicales y comunitarias en ee uu» en *Viento Sur* nº 86.

Miguélez, F. (2004), «Los veinte últimos años de la relaciones laborales» en *Mientras Tanto* nº 93: 45-56.

Moody, K. (1997), *Workers in a Lean World*, Verso, Nueva York.

Pastor, J. *¿Qué son los movimientos antiglobalización?*, RBA, Madrid.

Recio, A. (2004), «¿Qué fue de la clase obrera?» en *Mientras Tanto* nº 93: 25-43.

Romero, M. (2003), «El futuro de la sociedad civil» en Beneyto, J.V. *Hacia una sociedad civil global*, Taurus, Madrid, 219-245.

Silver, B. (2005), *Fuerzas del Trabajo*, Akal, Madrid.